

FLOR DE ORO

La única dicha positiva de la tierra se encierra en la hermosa esperanza que nos dan estas palabras de nuestro eterno y amoroso Padre: *Los que lloran serán consolados.*

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

I

—¡Te digo que calles, Ana! Nada de cuanto me has dicho me convence, y sólo consigues irritarme con tus necedades.

Estas duras palabras fueron pronunciadas por los labios frescos y rosados de una jovencita que llegaría apenas á los quince años de su edad.

Aquella á quien se habían dirigido guardó silencio, en efecto, é inclinó la cabeza sobre un bastidorcito que tenía en la falda. Y en el cual había extendido un rico pañuelo de batista.

Era otra jovencita, que contaría un año más; pero mucho menos linda que la que acababa de reconvenirla con tanta acritud. Ya sabemos que se llamaba Ana, y quiero, lectoras mías, deciros algo acerca de su persona.

Figuraos una joven de diez y seis años, de mediana estatura, delgada y pálida; adornad su semblante, que no puede llamarse feo por su graciosa nariz y linda boca, con dos hermosos ojos negros y una plácida expresión de bondad dulce y resignada, y tendréis una idea, aunque imperfecta, de Ana.

Ya he dicho que su compañera era mucho más bonita; llamábase Sofía: largos cabellos rubios y sedosos guarnecían su frente blanca como el nácar; su boca, muy pequeña, estaba adornada de una lindísima y diminuta dentadura; su nariz era fina y recta; su tez estaba animada de un delicioso sonrosado; en suma, Sofía era una belleza. Ana era á lo más, y aun esto á los ojos de las personas indulgentes, una criatura simpática, dulce é inofensiva.

—¡Vamos! ¿ya estás triste?—preguntó Sofía con impaciencia, después de algunos instantes de silencio, y al ver que Ana había vuelto á su labor sin replicar una sola palabra;—¿ya te has encerrado de nuevo en tu insufrible silencio?

—¿Y qué quieres que haga?—observó Ana alzando la cabeza, y dejando ver una ancha lágrima que temblaba en sus largas pestañas negras.

—¿Qué he de querer? ¡Que hables!

—¡Pero si tú misma me has dicho que calle!

—¡Me desespera tu modo de entender las cosas!—gritó Sofía exasperada.—¡Te haces la tonta á las mil maravillas cuando te conviene!

—¡Yo me hago la tonta!

—¡Sí, sí, tú! Demasiado sabes que lo que me incomoda, lo que no puedo sufrir, es que me des consejos acerca de mi ociosidad, de mi amor al lujo; ¡pero puedes hablarme de otras cosas!

—¿De qué quieres que te hable?

—¡De otros mil asuntos! Vamos á ver: ¿no reparaste anoche en el Teatro Real cuánto me miraba el Marquesito del Fresno?

—No—respondió Ana con indiferencia,—no lo reparé: estaba admirando la obra y á los artistas.

—¡Como siempre! ¡Pareces una labriega!

—¿Y qué remedio?—respondió Ana con una dulce sonrisa;—ya sabes que voy poco al teatro, y cuando asisto á él nada puede distraer mi atención del espectáculo: no obstante, ví una cosa.

—¡Es extraño!—dijo Sofía irónicamente.—¿Y qué fué lo que viste?

—Que tu primo te miraba con tristeza.

—¡No me hables de él!—repuso la joven con una expresión muy pronunciada de ira y de hastío:—ya le ví, é hice por olvidar que se hallaba en el teatro y que su butaca estaba enfrente de nuestro palco. ¡Hombre más insoportable!

—No sé, en verdad, por qué le profesas tan violenta antipatía: es un joven estudioso y próximo á concluir su carrera con brillantez.

—¡Gran carreral! Después de terminada, será un abogadillo.

—¡Te ama!

—Yo no le puedo sufrir.

—Y sabes que tu padre deseaba que te casaras con él, siendo aún muy niña.

—Lo sé porque lo he oído decir; sin embargo, sé que mamá me ha asegurado muchas veces que nada, gracias á Dios, nada dejó mandado relativo á eso.

—Sin embargo, prima mía, yo creo que con él vivirías muy feliz: no es rico, es verdad; pero, en cambio, tú lo eres por los dos.

—¡Hablas como una necia!—gritó Sofía volviendo á la ira, según le sucedía cada vez que le contrariaban en su gusto ó en las locas exigencias de su vanidad. —Tú—continuó con acritud,—tú puedes pensar así porque eres pobre; pero yo no: ¡deseo ser Marquesa, y lo seré, porque mamá lo desea también!

—Pero si ese Marqués del Fresno es, además de calavera, un mentecato. Todos se ríen de él.

—Pero es Marqués.

—¿Y esto basta para ser dichosa?

—¡Quién lo duda!

—Prima mía—dijo Ana con tristeza,—aunque no es mucha, tengo más edad que tú, y he sido amaestrada en la escuela de la desgracia, lo cual madura el entendimiento: así, pues, creo que sin equivocarme puedo asegurarte una cosa.

—Y... ¿qué es?

—Que serías dichosa con tu primo, y que el

Marquesito quizá quiere sólo divertirse con tu credulidad.

—Yo pienso lo contrario—dijo Sofía:—pienso que me ama de veras y con todo su corazón. Veremos quién se equivoca.

La joven fué interrumpida por la llegada de su madre, gruesa y corpulenta señora, joven aún, y que hubiera sido bella á no impedirlo su extrema obesidad.

Acercóse á su sobrina, y miró su labor con cierto ceño; luego, alzando sus brillantes ojos hasta el plácido rostro de Ana, exclamó con acritud:

—¡Cómol! ¿Todavía está esto tan atrasado?

La joven guardó silencio; pero Sofía, que á pesar de sus defectos tenía buen corazón, respondió:

—Mamá, ese punto de armas es muy costoso.

—¡Eso es! ¡Excusa á la señorita!—repuso la gruesa señora con aspereza.—Estos caracteres hipócritas es bien sabido que se vuelven cada vez peores con la dulzura y la condescendencia, y tú no usas otra cosa con tu prima. ¿No te he dicho mil veces que te calles cuando yo la reconvegno?

Sofía bajó la cabeza y no respondió nada.

Ana siguió bordando, después de haberse enjugado furtivamente otra lágrima.

—Vamos—prosiguió la madre de Sofía,—á vestir, niña; el carruaje está pronto, y quiero que tomes un poco el aire antes de que te pongas al tocador para ir al teatro. Tú, Ana, procura

aprovechar la velada, y adelanta ese bordado que ya estoy cansada de ver en tu bastidor.

Sofía envió á su prima una mirada de conmiseración, y salió seguida de su madre, que á su vez miró iracunda á la pobre niña, que no alzaba los ojos de su labor.

II

No quiero pasar adelante en mi narración sin dar á conocer á mis lectoras algunos de sus principales personajes.

La señorita doña Estefanía Torroja, hija de un comerciante de paños bien acomodado, casó á los veinte años con un asentista rico, viejo y bastante grosero, gracias á su belleza y juventud, que halagaron la vanidad de aquél. Llamábase su marido Toribio Martín; pero ni tan prosáico nombre, ni tan plebeyo apellido, ni todas las malas cualidades de que estaba dotado, fueron bastantes motivos para desilusionar á Estefanía, que, ambiciosa, vana y soberbia como la que más, ansiaba ante todo ser rica, elegante y admirada.

Fué, pues, á los veinte años la señora de don Toribio Martín. Ella era rubia, blanca como un cisne: tenía un talle elegante, preciosos ojos azules, boca diminuta y purpurina, linda nariz y mano y pie de niña; él contaba cincuenta y ocho años: era pequeño, obeso hasta lo monstruoso, tuerto, arisco, gruñón y cojeaba un poco; pero Estefanía le miraba casi con delicia, y decía para sí:

—Es muy feo mi marido, pero tanto mejor: cuanto más feo sea, más me mimará, y tanto más bonita le pareceré yo.

Fuerza es decir, sin embargo, que se equivocó en sus cálculos: nadie ha sabido jamás si don Toribio hallaba bella á su esposa, aunque es de suponer que fuese así; mas lo que puede asegurarse es que no la mimaba nada absolutamente, y que todas las noches le daba el dinero contado para el gasto del día siguiente.

Estefanía, pues, sufrió mil privaciones, lo que agrió su carácter, que era ya de suyo bastante áspero; pero tuvo para consuelo cuatro hijos en los cinco primeros años de su matrimonio, y se resignó á cuidarlos en vez de ir de baile en baile y de asistir á los teatros, según había pensado al formar su odioso enlace.

Tres de sus hijos murieron, y sólo le quedó Sofía, que era la menor; su marido se vió súbitamente atacado de una parálisis, y todos los caudales de la casa vinieron á las lindas manos de la señora de Martín cuando ésta menos lo esperaba.

Por entonces recibió una carta de una hermana menor que ella, y la sola que tenía: le decía que acababa de enviudar, y que arruinado su esposo por algunas calaveradas de su juventud, se veía casi en la imposibilidad de dar pan á su única hija.

Ya he dicho que el carácter de Estefanía, áspero por naturaleza, se había hecho mucho más duro bajo la rígida dependencia de su marido;

pero cuando esta dependencia cesó por la enfermedad de aquél, lejos de suavizarse su índole, se petrificó su corazón, y, como todas las almas bajas, se propuso vengar en todos sus sufrimientos.

La carta de su hermana, en vez de conmovérsela, la irritó, y Estefanía contestó con dureza, concluyendo con el párrafo siguiente:

«En fin, hermana mía, tú te casaste con un joven pobre, pero gallardo: hiciste tu gusto, lo que hallo muy en orden; yo me casé con un hombre muy feo y que podía ser mi padre, pero opulento: también hice mi gusto; pero ahora cada una debe sufrir las consecuencias de lo que hizo. Yo estoy rica, tú pobre: paciencia, y cástate así que puedas con un viejo feo y rico, lo que te será fácil, porque debes ser aún muy linda.»

Doña Estefanía Torroja de Martín no volvió á pensar más en su hermana, después de escrita esta inhumana carta; un año más tarde supo, por un antiguo conocido de su padre, que había muerto de una calentura maligna, y que su pequeña hija Ana, por amor á la cual no había querido volver á casarse, estaba desde su orfandad en poder de una parienta lejana de su padre.

Así pasaron algunos años: durante ellos, el pobre don Toribio murió, dejando á su esposa inmensas riquezas, que ella era tan capaz de lucir como de hacer prosperar.

En efecto: doña Estefanía desplegó una sorprendente actividad. Compró, vendió, realizó, hizo

mejoras en las fincas adquiridas, y puso, en fin, en circulación y á ganancia las enormes sumas que su avaro esposo tenía empaquetadas desde hacía mucho tiempo.

Aquel gran capital produjo crecidos intereses. Doña Estefanía prestó fianzas y prestó también dinero en grandes y pequeñas sumas, por supuesto con un interés bastante crecido, y con hipotecas sobre bienes libres de carga alguna.

Pronto el nombre de la viuda de Martín corrió por Madrid, rodeado de la aureola de una envidiable riqueza; pero aquella aureola no fué bastante á proporcionar á doña Estefanía lo que más deseaba en el mundo: entrar en los círculos aristocráticos de la corte. Cuando paseaba por la Castellana, acompañada de su preciosa hija y recostada en los mullidos almohadones de su carruaje, se preguntaban algunas gentes:

—¿Quién es esa señora tan lujosa?

—La viuda de Martín,—contestaban las personas que había cerca de los que interrogaban.

—¡Yo creía que era alguna Duquesa!

—¡Una Duquesa con ese traje! ¿Con ese vestido color de rosa, ese sombrero azul y esas plumas blancas? ¿Qué Duquesa viste así? Allí va la de N... con traje negro y sombrero blanco con lilas: ¡vea usted qué diferencia!

—¡Es verdad!

—¡Esa es la viuda de un agiotista, de un hombre que se enriqueció como Dios sabel

Esta suposición era aventura la cuando menos. Don Toribio era avaro, pero probo, y sus cenizas pagaban la pena de la soberbia y vanidad de su mujer.

Aquella soberbia nada más consiguió que tan amargo fruto: ninguna casa se le abrió, y se le cerraron no pocas á causa de las habladurías de la gente que envidiaba sus trenes, sus carruajes y sus joyas.

Un día, al llegar á su casa de vuelta de paseo, se halló, esperándola, á un anciano de aspecto pobre y severo; doña Estefanía le miró con una ojeada desdeñosa, y se volvió á su camarera, que en pos de ella cruzaba la antesala, diciéndole:

—Da una limosna á ese pobre y que se retire.

—No vengo á buscar limosna—dijo el anciano con altivez.—Vengo á decir á usted que la persona encargada de su sobrina acaba de morir, y que la niña va á ser conducida mañana por la mañana al hospicio.

—Está bien. ¡Retírese usted!—gritó furiosa la viuda de Martín.

Cuando llegó á su cuarto, se dejó caer en un sillón, roja como la grana: se sofocaba; su doncella, al mismo tiempo que cortaba las cintas de su corsé, procuraba tranquilizarla.

—Calla—le dijo doña Estefanía;—calla, porque no hay más que un solo medio para que yo pueda tapar las bocas de los maldicientes y envidiosos, esto es, que vayas al instante á buscar á

esa niña: ya debe tener catorce años... uno más que mi hija; tráetela, y sacaremos de ella la mayor utilidad posible.

Esta palabra *utilidad* quería decir: «Haremos que cosa, borde y sirva á Sofía, sin darle descanso ni un instante.»

La camarera partió, en efecto, y volvió con la pobre Ana, que estaba flaca y miserablemente vestida.

Era invierno y tiritaba de frío bajo un vestido de indiana, descolorido por el uso; su pobre calzadillo estaba roto; un pañuelo de lana viejo y recosido se cruzaba sobre su débil pecho, enflaquecido por la enfermedad y las privaciones; pero, á través de tan dolorosa miseria, había en aquella niña algo de puro, noble y tierno.

Su carita, morena y pálida, tan triste y tan dulce á la vez, estaba lavada con esmero; su boca, algo marchita, dejaba ver unos dienteitos como perlas; su cabello castaño estaba alisado y bajaba en dos espesas trenzas á lo largo de su espalda: la vista de aquella niña conmovía el alma y cautivaba el corazón.

Nada de esto le sucedió, sin embargo, á la viuda de Martín. Miró á su sobrina con ceño y murmuró:

—¡Vaya un presente que me hace la suertel ¡y es más fea la chiquilla que el pecado mortal! ¡Qué diferencia con mi Sofía! ¡Pero tanto mejor: parecerá una camarerita suya, y nos daremos tono!

Puede suponerse, con tal recibimiento, cuál sería el porvenir que se preparaba á la desgraciada niña; éste se descubrió muy pronto para ella misma: las doncellas fueron pasando una á una, y mirándola con indolente desdén; luego fué llamada su prima, y doña Estefanía le dijo:

—Hija mía, esta pobre chica viene hoy á casa, recogida por caridad: mándale cuanto quieras, pues tiene la obligación de obedecerte.

—¿Quién es?—preguntó Sofía, mirándola con una ojeada despreciativa.

—Soy tu prima, —respondió Ana con mucha suavidad, pero con acento digno y noble.

—¡Mi prima! ¡Tú mi prima!—murmuró Sofía llena de admiración.—¿Es esto cierto, mamá?

—Sí—respondió la señora de Martín, que no se atrevió á negarlo:—es hija de mi hermana; pero nadie lo diría al verla tan fea, porque su madre era muy bonita.

Dicho esto, tomó á su hija de la mano y salió con ella de la habitación.

Las criadas de la casa prepararon para Ana una habitación, según su antojo, en un cuartito muy reducido que había en un pasillo, y que estaba alumbrado por una estrecha ventana; sin embargo, la pobre niña, acostumbrada á vivir en el camaranchón de una vieja vecina, que hacía alcoba y cocina de la misma habitación, halló aquel humilde asilo bonito, alegre y agradable: tenía en él una limpia camita, cubierta con una

cortina blanca; una mesita de pino, pintada de verde; dos sillas y un baúl viejo que le había regalado una camarera joven y linda, de las tres que estaban al servicio de doña Estefanía y de su hija.

Esta camarera era una muchacha que contaba diez y ocho años, y á la que se había bautizado, desde muy pequeña, con el nombre de *Flor de Oro*, por tener una admirable cabellera rubia: peinada con la exquisita gracia que ella poseía, su cabeza parecía, en efecto, una dorada flor.

III

La viuda de Martín quería á aquella joven, porque bordaba con tal perfección y tan raro primor, que sus gorros de mañana y sus juegos de cuellos y mangas llamaban la atención de cuantos los veían.

Además, era sobria como un pájaro, primorosa como un hada; de sus blancos dedos brotaban los encajes y las flores de un modo mágico; trabajaba mucho y bien, y lejos de desear los domingos y fiestas para salir á paseo con sus compañeras, jamás faltaba de casa, y se pasaba las tardes leyendo y á la disposición de la señora y de la señorita, quienes, por cierto, no la dejaban mucho reposo.

Por estas razones, su servicio convenía mucho á doña Estefanía, que, conociendo el gusto delicado de la bella joven, la empleaba sólo en bordar ó hacer flores para sus adornos de cabeza y los de Sofía.

La pobre Ana fué tratada muy mal por los criados en los primeros días de su estancia en casa de su tía; ninguna de las camareras se cui-

daba de entrar á arreglar su cuartito, ni de mullir su lecho, ni de cambiar el agua de su palan-gana; pero había en aquella niña un admirable instinto de delicadeza y un talento tan grande, que le hacían obrar siempre del modo más digno y más conveniente.

No dirigió á las criadas una sola reconvención: madrugaba y arreglaba su habitacioncita, que siempre resplandecía de limpieza; luego peinaba sus hermosos cabellos castaños, y se vestía con todo el primor posible para cuando su tía y su prima se levantasen, lo que verificaban siempre muy tarde.

Y no se crea que el equipaje de Ana fuese muy rico, ni que estuviese surtido con abundancia: todo su ajuar se reducía á dos trajes, uno de lana de bajo precio, y otro de seda que ya había desechado su prima.

A su humildad iba unida una dignidad llena de nobleza. No contentas las criadas de la casa con desatender completamente su servicio, quisieron rebajarla hasta el punto de encargarle el desempeño de alguna de sus obligaciones.

Un día estaba planchando una de ellas, y Ana cosía cerca de la ventana.

La camarera quería ir á otra habitación, y dijo á Ana:

—Señorita, hágame usted el favor de planchar este cuello de encaje de la señorita Sofía: así irá usted aprendiendo.

—Me es imposible — respondió Ana sin ira, pero con gravedad: — he de acabar pronto este bordado.

De esta suerte echó abajo todos los proyectos de humillación de los criados; porque es sabido que éstos son siempre imitadores, no de las buenas prendas, sino de los defectos de sus amos, y que lo que éstos tienen en poco, procuran ellos abatirlo por todos los medios posibles.

La señora de Martín no podía tener en menos á su sobrina: pocas veces la llamaba á su lado; hallándola bastante instruída en la costura y bordado, la dedicó á un trabajo asiduo, y la pobre niña pasaba los días y las noches sola en su cuarto ó en el comedor, recordando á su buena y cariñosa madre y llorando con lágrimas amargas su orfandad y su abandono.

Tantos pesares no habían podido, sin embargo, alterar la suave índole de Ana: jamás la ira entró en su corazón; jamás se quejó de su suerte, y se limitaba á guardar silencio cuando su tía la reconvénía duramente y sin motivo alguno.

Un joven Marqués apareció prendado de pronto de la belleza de Sofía, y quizá más aún de su dote, que era muy pingüe. Nada puede compararse á la alegría de la viuda de Martín, al observar las miradas del Marqués: esperó impaciente á que le presentaran en su casa; pero el joven no parecía muy dispuesto á ello, quizá á causa de la

oposición de su madre, que manifestó desde luego gran repugnancia á semejante alianza, á pesar de lo vacío de su cerebro.

En tanto un primo de Sofía, hijo de una hermana de su padre, acabó su carrera en Madrid. La belleza de la joven le encantaba, y era tal su admiración, que excusaba todos sus defectos, achacándolos á la mala educación que recibía de su madre.

Pero Sofía no podía sufrirle: deslumbrada por las miradas del Marqués, cuando pasaba á caballo cerca de su coche en la Fuente Castellana, ó cuando la veía en el teatro, su primo le repugnaba, le parecía ordinario, y era sólo grave y natural: prosáico, porque no era fatuo; pobre, porque vivía con la modestia de una posición no brillante, pero sí decente.

Sin embargo, Luis era un modelo de probidad, de honradez y distinción; no de esa distinción ridícula y pedantesca, sino de la distinción digna y noble del hombre honrado y que ha recibido buena educación.

Tenía veinticuatro años, y vivía con su anciana madre, que adoraba en él y de quien era el único sostén.

Luis apenas conocía á Ana: aquella pobre joven, siempre relegada al interior de la casa, siempre sujeta á un trabajo asiduo y penoso, no tomaba parte ninguna en las diversiones de doña Estefanía y de su hija.

Sin embargo, ésta le amaba porque su corazón era bueno; pero la soberbia natural de su carácter, desarrollada hasta un punto increíble por su educación y por el ejemplo de su madre, ahogaban en ella todos sus buenos instintos.

IV

Algunos días después del en que empieza esta historia, Ana, sola en la sala de labor con Flor de Oro, terminaba un bordado, que era un pañuelo de gran mérito, para su tía. Flor de Oro acababa una linda corona de rosas, que Sofía debía lucir aquella noche en su palco.

Las dos jóvenes formaban un cuadro encantador.

Flor de Oro llevaba un traje de lana muy sencillo, pero hecho por su mano con mucha gracia; sus cabellos rubios estaban peinados en gruesas trenzas, y recogidos por medio de una flecha de plata.

Ana estaba peor vestida: nadie había echado de ver que llevaba hacía un año el mismo pobre trajecillo gris, y que toda su habilidad para componerse se estrellaba en los estragos del tiempo.

Aquella desdichada criatura estaba en una posición mucho más triste que la alegre y joven camarera que trabajaba á su lado. Flor de Oro no era mortificada por nadie: era necesaria, y esto bastaba para que la considerase bastante la dura y egoísta doña Estefanía.

Ana estaba allí de más; ninguna falta hacía, y su pan y el vestido de desecho que le daban se consideraban como una limosna.

Flor de Oro era alegre y bonita; Ana era triste, y su gracia pensativa sólo podía ser agradable para las almas buenas.

Las dos jóvenes hablaban cordialmente; eran amigas, porque en el aislamiento de Ana no había más rayos de luz que el que despedía la dulce mirada de Flor de Oro.

Sin embargo, la florista y bordadora de doña Estefanía llamaba señorita á la pobre huérfana; ésta le hablaba de tú y la llamaba con su lindo apodo.

—Con que—decía Ana,—¿tú siempre has sido dichosa, Flor de Oro?

—Siempre, señorita—respondió.—Viven mis padres en el fondo de su provincia contentos con su suerte, porque tienen el pan preciso; mi hermano, el mayor, les ayuda con su trabajo de grabador en madera; yo les envío de cuando en cuando algún dinerito; los veranos, cuando las señoras se van á los baños, me dan dos meses de licencia, que paso con mi familia: entonces les llevo mis ahorros, y, en cambio, mi buena madre me guarda ropa blanca, medias finas hechas por ella, y algunas veces unos pendientes ó una cruz de oro.

—¿Y cómo conociste á mi tía?

—La señora fué á pasar una temporada al pueblo donde reside mi familia. Una mañana

lleve á la señorita un ramo de flores de nuestro huertecillo; la señora me dió una moneda de plata, que yo no quise admitir; me hizo varias preguntas, y luego me dijo:—Vuelve mañana con tu madre.—Así lo hicimos, y la señora preguntó:—¿Qué sabe hacer Flor de Oro?—Ya sabía que me llamaban así en el pueblo—añadió la joven á modo de paréntesis.—Mi madre le dijo que bordaba muy bien, y que deseaba que me examinase de maestra, aunque sólo contaba diez y seis años.—Para eso ha de tener veintiún años—respondió la señora:—si usted quiere que se venga conmigo, durante estos cinco años acabará de perfeccionarse en sus habilidades; no estará como doncella, sino como una joven á la que protegeré yo y por la cual miraré como cosa mía.—Mi madre convino en ello, y me vine con las señoras: ya hace dos años que estoy aquí, y á la señorita la quiero con toda mi alma; cuando tenga tres años más, seré maestra de mi pueblo ó de algún otro cercano.

—¡Dichosa tú!—murmuró Ana, diciéndose, en su dolorosa tristeza, que ella también admitiría como suyo tan riente porvenir;—¡dichosa tú, que vivirás al lado de tus padres, á los que siempre podrás ayudar y de cuya compañía disfrutarás siempre!

—¡Oh, sí!—respondió Flor de Oro;—y si pudiera ser elegida maestra de la capital, mi felicidad sería completa; pero usted, señorita, ¿qué piensa hacer?

—¿Lo sé yo por ventura?—respondió la joven con profundo y amargo desaliento:—sólo quiero pensar en el día de hoy, porque el de mañana me aterra.

—Señorita—exclamó Flor de Oro como herida de una idea repentina,—¿sabe usted que don Luis me ha preguntado quién era usted?

—¿Cuándo?—interrogó Ana.

—Ayer pasaba por el recibimiento; estaba usted leyendo en su cuarto, con la puerta entreabierta, y él miró casualmente; yo estaba allí limpiando el sombrero de terciopelo de la señorita; entonces él se volvió y me dijo:

—¿Quién es esa joven?

—La señorita Ana—respondí yo;—la sobrina de la señora.

—¿Cómo! ¿esa joven de quien se dice que está siempre encerrada en casa?

—Sí, señor.

—¡Pues mi tía dice que es muy fea y muy arisca, y que no sale porque ella no quiere!

—¡Eso no es verdad!—dije yo sin poderme contener:—no sale, porque su tía no se lo permite.

—¡Y es bonita, lindísima! ¡y su cara no indica mal carácter!

—¡Si es la misma dulzura! ¡un ángel! Tan cierto es que tiene mal genio, como que no quiere salir.

—¡Oh, Dios mío! ¡por qué has dicho todo eso! ¡Si lo llega á saber mi tía!

La joven fué interrumpida por un golpecito que sonó á la puerta. Flor de Oro fué á abrir, y un gallardo joven apareció en el umbral. Era Luis.

—¿Y mi tía?—preguntó, después de saludar á Ana con una inclinación de cabeza.

—Ha salido con la señorita,—respondió Flor de Oro, con voz trémula y las mejillas encarnadas de rubor.

—Lo siento—repuso el joven,—porque venía á despedirme.

—¿Cómo!—exclamó Flor de Oro,—¿se va usted, señorito?—Y las rosas de sus mejillas se trocaron en pálidos jazmines.

—Sí—respondió Luis:—he sido nombrado Fiscal de la Audiencia de T... y me marcho mañana.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó la joven,—¡cuánto le envidio á usted el ir cerca de mis padres! El pueblo en que residen dista sólo dos leguas de esa ciudad.

En aquel instante se oyó la campanilla del portero y el ruido de un carruaje que entraba en el patio.

—Ya están ahí las señoras,—dijo Flor de Oro, corriendo á abrir la puerta de la escalera para disimular su emoción.

Luis quedó sentado enfrente de Ana, que no levantaba la vista de su bordado; el joven miraba con una conmiseración profunda aquel dulce rostro, señalado por los padecimientos, y se preguntaba si

no valía más, para hacer dichoso á un hombre, aquella amable y resignada criatura, que su brillante y desdeñosa prima, de la que estaba tan ciegamente enamorado.

La áspera voz de doña Estefanía interrumpió sus pensamientos: la buena señora, que detestaba á su sobrino, y que deseaba á toda costa que suprimiese sus visitas, creyó que no podía hallar mejor ocasión para deshacerse de él, y empezó á reconvenirle duramente.

—¡Me gusta!—gritó;—¿con que usted, señor sobrino, se aprovecha de mi ausencia para venir á gastar el tiempo con esta tontuela, que sólo sirve para incomodarme? ¡Pero yo sabré poner remedio!—añadió, sentándose, sofocada por la ira.—¡Usted, señorita hipócrita, saldrá hoy mismo de mi casa para que no vuelva á dar mal ejemplo á mi hija; y usted, señor sobrino, no volverá á poner los pies aquí!

Luis y Ana oyeron la formidable sentencia de muy distinto modo: en los labios del joven se dibujó una sonrisa burlona; pero la desgraciada huérfana volvió hacia su tía su rostro bañado en lágrimas.

—¡Perdón, tía mía!—exclamó;—¡yo no sabía que te enojaba estándome aquí! ¿A dónde iré si tú me desamparas?

—¡A servir!—respondió doña Estefanía con enojo:—¡los pobres no tienen otro recurso!

—Señora—dijo Flor de Oro, adelantándose

con nobleza,—la señorita Ana tiene otro recurso: yo le ofrezco por asilo la casa de mis padres.

—¿Qué dice esta insolente?—gritó doña Estefanía en el colmo de su cólera, y en tanto que su sobrina se arrojaba en brazos de la generosa joven.

—Digo, señora—repuso,—que mañana, al amanecer, la señorita Ana y yo saldremos de esta casa y nos iremos á la de mis padres.

—No podías recompensarme de un modo mejor lo que he hecho por tí, que quitándome de delante el ente de mi sobrina—replicó la viuda de Martín con despecho.—Pero vamos, niña, y dejemos estos misterios, que se pasa la hora del teatro.

Al decir estas palabras, tomó del brazo á Sofía y salió con ella de la estancia.